

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

ANALES DE ANTROPOLOGÍA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
VOLUMEN XXXII MÉXICO 1995

Yvette JIMÉNEZ DE BÁEZ, Fernando NAVA, Donají CUÉLLAR, Marco Antonio MOLINA, Mario ORTIZ y Benito ALCOCER. *Fiesta de la Candelaria en Tlacotalpan, Veracruz*. Proyecto La Décima Popular en México y Puerto Rico, Seminario de Tradiciones Populares, Colegio de México.

Producto del proyecto La Décima Popular en México y Puerto Rico, que se lleva a cabo en México en el Seminario de Tradiciones Populares de El Colegio de México, cuyo objetivo es estudiar la décima en el contexto complejo y significativo de las fiestas tradicionales, surge el fonograma *Fiesta de la Candelaria en Tlacotalpan, Veracruz*, realizado por Yvette Jiménez de Báez, Fernando Nava, Donají Cuéllar, Marco Antonio Molina, Mario Ortiz y Benito Alcocer. En éste se asume la fiesta de manera integral, las relaciones entre lo oficial y marginal, la distribución de funciones y el poder de convocatoria; “Grabar la fiesta en toda su riqueza es un novedoso reto”, señalan sus autores.

En efecto, logran recrear la fiesta como un todo; graban la música en cantinas, en el mercado, la oficial con el encuentro de jaraneros, la que se escucha en los toros y las peleas de gallos, y la que resuena en el malecón.

Oyendo la grabación se remonta uno en el tiempo y el espacio; es fácil llegar con la imaginación hasta la margen izquierda del río Papaloapan; lugar donde se sitúa Tlacotalpan. Pensar en la fiesta, pero también en el lugar donde son frecuentes ciclones, fuertes lluvias y los nortes. Las notas nos recrean un lugar donde bien se conoce la adversidad y mucho más el trabajo, la religiosidad y la diversión.

Notas musicales que uno escucha, mientras la vista se fija en las líneas escritas en un folleto que acompaña la grabación y que nos permite conocer sobre el lugar, la imagen de la virgen y el desarrollo de la festividad.

En este sentido, he considerado importante incluir un poco más de información sobre el lugar y el contexto histórico donde surge la tradición de la virgen de la Candelaria.

a) *Fundición de saberes y pensares*

En las tierras del sureste mexicano tuvieron su asiento antiguas culturas como los olmecas, totonacas, popolucas, zoques y chinantecas; pueblos dedicados a la pesca, a la agricultura y al comercio. En efecto, Tlacotalpan conformaba parte de una ruta comercial, por su estratégica posición geográfica y su actividad agrícola. Las fuentes han dejado registrada la importancia de esta ruta y el paso de los comerciantes mexicanos; como también dejaron constancia de que los conquistadores Pedro de Alvarado y más tarde Gonzalo de Sandoval observaron que los indios de estos lugares adoraban a Chalchiuhtlicue, diosa de los mares, lagos y torrentes de los ríos, representada por una imagen de mujer esculpida en una esmeralda. Los devotos la

bañaban en el río, según apuntaron, una vez al año. Mas tarde, la volvían a su adoratorio y le hacían sacrificios para propiciar la fertilidad de las tierras, la abundancia de la pesca y tal vez también por la tranquilidad de las aguas.

Por otra parte, en otro continente se va gestando una historia paralela. En Europa se desarrolló el culto mariano y sus diversas advocaciones, dependiendo de numerosos factores. La virgen de la Candelaria es, de manera particular, advocación y memoria de la virgen María cuando en compañía de José llevó a Jesús a presentarlo al templo de Jerusalem. Según se dice en un pasaje bíblico relatado por Lucas, Jesús fue llevado al templo, en obediencia a lo prescrito por la Ley de Moisés, según la cual se debía celebrar el día de la purificación, cuarenta días después del nacimiento; acto que, de conformidad con la Ley de Dios, ordenaba que todo primogénito debía ser consagrado al señor y ofrecer en sacrificio una pareja de tórtolas o palomas. Existen en este pasaje bíblico de Lucas dos hechos: el día de la purificación se remonta al Antiguo Testamento, es decir, a la Ley de Moisés, ceremonia cuya antigüedad precristiana es innegable. El sacrificio de animales nos remite, asimismo, a una época en que la propia religión judaica estaba mezclada con elementos culturales y religiosos considerados paganos.¹

Por otra parte, la indumentaria de la virgen de la Candelaria es de sumo interés; bajo el manto de un azul profundo (bóveda celeste), porta un vestido blanco resplandeciente (símbolo de pureza), bordado con motivos vegetales, volutas y roleos, distinguiéndose con nitidez figuras florales y frutos, rosas, racimos de uvas, espigas de trigo, cuernos de la abundancia, mezclados con otros más claramente cristianos. Los frutos cultivados asocian a la virgen de manera indudable a las antiguas deidades agrarias del viejo mundo pero, en este caso, con toda seguridad pertenecientes al Oriente Medio, debido a que en aquella región fueron cultivados esos vegetales en el amanecer de los tiempos.

Los pueblos del Mediterráneo establecieron un contacto continuo, por lo que no es difícil imaginar que la veneración de la virgen de la Candelaria apareciera en el sur de España hacia el siglo XIII. Se tienen noticias de la organización de grandes procesiones portando candelas. Éstas y la hoguera son sinónimos: significan el fuego purificador.²

En este sentido, dos historias se unen al momento de la conquista. Históricamente, la devoción a la virgen, extendida entre la mayoría de los jefes de las expediciones de la conquista española, se vio reforzada por la llegada de los primeros evangelizadores.

La orden de San Juan de Dios –santo granadino– conocida como orden de los juaninos, era devota de la virgen de la Candelaria. Llegó a México desde princi-

¹ Notas tomadas de la obra *La Candelaria en Tlacotalpan*, de Guadalupe Méndez Lavielle. Cuadernos de Cultura Popular, Instituto Veracruzano de Cultura, Veracruz, 1995, p. 13.

² *Ibidem*, p. 14.

pios del siglo XVII con miras a la fundación de hospitales y, si bien fundaron obras hospitalarias en Yucatán, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango y Chihuahua, tal vez fue alguna cofradía de las que empezaban a florecer en la Nueva España o los mismos juaninos los que comenzaron a cultivar en Tlacotalpan la devoción por la virgen.³

La deidad prehispánica, asociada con el agua, propiciatoria de la fertilidad también fue fácilmente relacionada con la virgen de la Candelaria. Investida de los atributos de purificación y asociada con la fertilidad sólo era una nueva imagen que bien podía contener a la antigua deidad. Tal vez esta historia pueda permitirnos explicar, en buena medida, que el culto a la virgen de la Candelaria, señora de las candelas y los pescadores, se arraigara entre los indígenas.

En torno a ella se recrean la creencia y la festividad. Las historias se unen, la de los indios, españoles y aun la de los negros traídos como mano de obra esclava para las plantaciones de caña de azúcar. Así como se inicia el mestizaje biológico, se amalgaman las diversas formas en que los pueblos ríen y celebran: características culturales presentes en la expresión amerindia de las caritas sonrientes, en la hidalga alegría de la cultura española portadora de elementos culturales del norte de África y Medio Oriente, y la influencia negra de voces y ritmos apreciados por la velocidad con que se cantan algunas coplas, casi a manera de trabalenguas, y por la cadencia que tienen los sones jarocho.⁴ Amalgama biológica y cultural que dio forma a la particular cultura del actual sotavento. Hombres abiertos que aprenden guitarra, requinto, arpa y jarana, al parejo que se inician en el conocimiento de las letras y los números. Y a veces, más que su incursionar por el mundo de la ciencia, el manejo diestro de un instrumento los lleva a ganarse la vida.

b) Un tiempo cercano a la memoria

Las fiestas patronales de la virgen de la Candelaria se remontan a las postrimerías del siglo XVIII, época en que comienza la bonanza tlacotalpeña. Al iniciarse el porfiriato ya existía la celebración y se sabe de la existencia de un gran terreno que había sido de la cofradía de la virgen de la Candelaria. Su importancia llegó a ser tal, que fue tomada por otros pueblos del sur veracruzano, pero con otros fines. En efecto, sólo baste apuntar que en las últimas décadas del siglo XIX se empezó a celebrar la feria de la Virgen de la Candelaria en Minatitlán. Aquí, una necesidad económica le da a la celebración su particularidad. Se explotan las ricas maderas de las selvas del Uxpapana y ello conlleva a la necesidad de una gran demanda de mano de obra para los primeros meses del año. ¿En qué fecha se inicia la celebración?, no se sabe con exactitud; pero sí se cree que tal vez fueron los oaxaqueños quienes la iniciaron. Cuentan que los indios zapotecas asociaron a la virgen de la Candelaria con San Mateo, rela-

³ *Ibidem*.

⁴ *Idibem*, 11.

cionado a su vez con una deidad prehispánica ligada al agua y a la fertilidad de la tierra.

Aunque también pudo ser más bien la cercanía con Tlacotalpan lo que llevó a los madereros a buscar una utilidad a la fiesta. Dicen que fue por 1880 cuando surgió la fiesta y año con año fue creciendo hasta convertirse en una gran celebración. También se le conocía como la “Feria de las garnachas”. Ahí los jóvenes iban a divertirse: los campesinos indígenas llegaban con sus cirios para la imagen. Música, incienso, cohetes, comida y alcohol inundaban el ambiente. En las tarimas se bailaban los sones. En ese ámbito festivo estaban los enganchadores, que ponían una mesa con dinero e incitaban a jugar. Entre trago y juego pintaban a los recurrentes las maravillas de ir a trabajar en las monterías. Dos relucientes pesos de plata pura eran ofrecidos como anticipo a su salario. Las horas de diversión, sin embargo, se volvían cruda realidad cuando días después se les enseñaba el contrato firmado y una deuda contraída por pagar en un año en alguna de las monterías llamadas Salsipuedes, Sin Piedad, Monte Oscuro o la Llorona. Un año de trabajo intenso, de vivir en un medio hostil, de vivir entre el temor de un ataque de las bestias y, entre ellas, de la peor bestia humana: el capataz.

Al año cumplido, los trabajadores que lograban sobrevivir, nuevamente acudían a la fiesta de la Candelaria: otra vez con un cirio en la mano para agradecer a la imagen regresar con vida y volver a endeudarse con un enganchador después de algunos días de intensa devoción y mayor diversión.⁵

c) Recreación fonográfica de la fiesta de la Candelaria

Hoy día, en Tlacotalpan, la fiesta de la virgen de la Candelaria sigue siendo el evento principal en el calendario religioso. La fiesta reproduce simbólicamente el origen de la sociedad y la cultura, se convierte en una acción unificante, concentra y solidariza a la mayor parte de los individuos, a la vez que involucra todos los aspectos de la cultura. Es un acto de creación y recreación cultural. El tiempo festivo complementa la vida cotidiana, une para la convivencia social, familiariza las relaciones, diluye las diferencias sociales o personales. En la fiesta se recrean elementos que permiten la identidad y cohesión; el tiempo y el espacio se vuelven propicios para dar legitimidad a su sistema de poder tradicional en la esfera de lo sagrado.

Las fiestas religiosas convienen con el ciclo anual de la naturaleza; su finalidad es propiciar la fertilidad de la tierra, la bonanza. Las fiestas son consideradas imprescindibles para asegurar el bienestar, la salud y el buen éxito de las cosechas. En este sentido, la fiesta de la virgen de la Candelaria logra esto y aun más.

La fiesta dura 15 días. Se inicia el 31 de enero, culmina el 2 de febrero y concluye finalmente hasta la semana siguiente en que se cumple la octava.

⁵ Ana Bella Pérez Castro, “De la fiesta de la Candelaria a la montería”, en prensa, Presses Universitaires, Paris.

El poder de la fiesta es muy fuerte y diversificado. Llega gente del lugar y sus alrededores, pero también de otros estados y aun del DF.

La fiesta inicia el 24 de enero, cuando sale la virgen a visitar a san Cristóbal y regresa a su morada el 25. Los días 26 y 27 hay procesiones de niños y cofradías, el 27 son de jóvenes.

El 29 de enero las notas musicales empiezan a invadir el ámbito de Tlacotalpan. Las décimas y música jarocho surgen en el malecón.

El 30 de enero sale a la calle la mojiganga organizada por las escuelas.

El 31 de enero empiezan a llegar las peregrinaciones de diversas comunidades; la música jarocho resuena en los lugares públicos y aun los privados. Las cantinas, los mercados y la plaza se llenan con un público heterogéneo, como también amplia es la música que empieza a invadir hasta el último rincón: el *Hanky Panky*, un clásico de los años del rock y el twist, la coplas que surgen en el encuentro de los jaraneros; los sones jarochos como *El pájaro carpintero*, *Los chiles verdes*, *La manta* o *El buscapíes*, notas musicales llenas de picardía; lo lúdico está presente, pero también la expresión de una conciencia crítica que usa la copla y el verso para dar cuenta de cómo se ven y se viven los conflictos y la crisis en la sociedad actual.

Pero Tlacotalpan no es solamente una fiesta para cohesionar a toda esta comunidad, se abre e incorpora a los peregrinos, los visitantes y diversos conjuntos de jaraneros que llegan de otros municipios, de Coatzacoalcos y el DF, con sus jaranas, guitarras jarochas de son, arpa jarocho, marimbas y requintos. Llegan no a competir, sino a involucrarse para dar mayor sonoridad a la fiesta y conformar finalmente una parte más de la celebración.

El 31 de enero la música se complementa con el baile, hay fandango en la plaza Zaragoza, los zapateados de *La bamba* y *La María Chuchena* resuenan como un acompañamiento más del cadencioso ritmo.

El 1.º de febrero es el recorrido de lanchas por el río; se realizan las regatas y la piragua que gana, obtiene el derecho de traer al primer toro para la celebración. Seis enormes machos pasan a nado el río, mientras en la orilla muchas personas visten de rojo incitando al toro que ha llegado. Aquí se inician las correrías por todo Tlacotalpan. Quien las observa fácilmente puede ver la similitud que guarda con la de Pamplona, España.

En la plaza, el mambo se escucha y se baila por hombres y mujeres que lo sienten como algo propio; pero también se despliega con maestría el ballet folklórico y hasta los que se integran a la mojiganga; jóvenes disfrazados de personajes malévolos fantaseados por el conocimiento popular y de otros locales que se distinguen por su cuestionada actividad económica y política en el lugar. La banda de viento acompaña en su travieso recorrido a tan singular tradición.

La música moderna vuelve a inundar el ambiente en la plaza Zaragoza; los danzones, como *Nereidas*, se ejecutan con ritmo y cadencia; con la maestría que le ha dado fama a los jarochos de por acá.

El 2 de febrero, el día más grande e importante, se cantan *Las mañanitas* a la virgen en su casa; ahí confluyen músicos de todo tipo: mariachis, jaraneros, conjuntos norteños, coros de música y cantos a capela o con acompañamiento de órgano. En esta diversidad musical se mezclan peregrinos, visitantes y locales; jóvenes, niños y adultos unen sus voces; hombres y mujeres oran a la imagen, fundidas las clases y estratos sociales. Aquí no hay diferencias sociales, de sexo, edad ni de origen; sólo la imagen sagrada logra la unidad e identidad entre tanta diversidad y complejidad. Es en este espacio donde el mundo profano se pierde en lo sagrado de un tiempo que la virgen de la Candelaria ha permitido recrear.

Afuera, en los otros espacios resuena durante todo el día la música jarocho. En el malecón, la cantina, la plaza y el mercado se escuchan los ritmos y se mantiene la algarabía festiva, así como en el templo se unen las diferencias; todos en el pueblo parecen participar de la misma comunión.

La Bendición de las Velas y la misa principal recuerdan el origen, la purificación por medio del fuego; se da en un lugar a la orilla del agua, ligada a la fertilidad. Un pasado y un presente fundidos en la tradición y representados por la santa imagen que finalmente deja su aposento para ser desplazada por el Papaloapan, acto que tal vez sea el ritual más parecido a la celebración prehispánica.

Festividad que amalgama nuestro presente con el pasado remoto y aun con uno muy lejano que puede antojarse ajeno, aunque sea tan propio. Las peleas de gallos, las correrías de toros, las velas, la música, los bailes, la mojiganga, las cantinas, las peregrinaciones, las misas, las cofradías, cabalgatas, recorridos por el río son espacios y actos que contienen una gran riqueza simbólica y social, toda la complejidad de un mundo que gira alrededor de la imagen.

En el curso de unos días la comunidad ha instaurado, colmado espacios rituales y lúdicos en los que se funden y actualizan el mito y la historia, los saberes y las creencias; los elementos que conforman la cultura del pueblo de Tlacotalpan han adoptado nítidos perfiles: la búsqueda de una relación armoniosa con la naturaleza, el sentimiento de pertenencia a una tierra común, el trabajo cooperativo, los mercados regionales, las funciones civiles y religiosas, la crónica y la literatura oral, y, en el centro, la música y la danza, los ritos y el juego, actividades que se convierten en el pasaje hacia el humor, el mimetismo, el éxtasis y, en general, las formas de suspensión de la cotidianeidad.

La fiesta cohesionada e identifica a un pueblo que se cubre bajo el manto de la Candelaria; las diferencias sociales se atenúan y, más aún, se cobija también a los peregrinos que comparten con los tlacotalpeños su misma devoción por la santa imagen. Con ello se crean y recrean lazos de identidad que rebasan lo comunal.

Toda esta imagen se deja ver en el fonograma de la fiesta de la Candelaria. Una grabación con un contenido etnográfico de gran riqueza que al oírlo nos transporta por el mundo festivo, nos envuelve en la sacralidad de los actos religiosos, nos hace bailar un son jarocho, lo mismo que un mambo y el danzón; nos permite un en-

cuentro con los jaraneros y ser parte del fandango. Al escucharlo es difícil tener los pies quietos y los sonidos nos contagian aunque sólo sea para oír resonar nuestro propio zapateo bajo el atenuante piso de una alfombra. La música de banda, las no menos contagiosas notas de los conjuntos nortños, el pegajoso ritmo de cumbias, rock, mambo, mariachi, marimba y el twist también son parte de la fiesta y al escucharlos no sólo nos hacen bailar al son que nos toquen, sino pensar en la dinámica de la cultura y la facilidad con que las tradiciones y la modernidad son recreadas por un pueblo. Conjugar el pasado con el presente es finalmente la estrategia de una sociedad que sabe unir un tiempo y un espacio bajo el manto de la fiesta de la virgen de la Candelaria; un manto que da identidad y recrea el porfiado afán de perdurar del pueblo de Tlacotalpan.

Bienvenido este sonoro material que se torna un medio eficaz para que este buen deseo se cumpla.

Ana Bella Pérez Castro

Carlos ZOLLA y Arturo ARGUETA (Dir.) *La Biblioteca de la Medicina Tradicional Mexicana*. 12 volúmenes. Instituto Nacional Indigenista. México. 1994.

Con la cooperación de curanderos, parteras, hueseros, rezanderos, sobadores, adivinos, culebreros, sabedores y amas de casa de todos los pueblos indios de México; asimismo con el trabajo de biólogos, botánicos, antropólogos, etnólogos, lingüistas y médicos, a finales de 1994 fueron concluidos y publicados por el Instituto Nacional Indigenista los primeros 12 volúmenes de la colección llamada Biblioteca de la Medicina Tradicional Mexicana.

Dicha biblioteca –dirigida por Carlos Zolla y Arturo Argueta– está integrada por el *Diccionario enciclopédico de la medicina tradicional mexicana* (2 v.), la *Nueva bibliografía de la medicina tradicional mexicana* (1 v.), *La medicina tradicional de los pueblos indígenas de México* (3 v.), el *Atlas de las plantas de la medicina tradicional mexicana* (3 v.) y la *Flora medicinal indígena de México* (3 v.). Cada una de estas obras es autónoma y presenta singularidades tanto en estructura como en fuentes de información, pero mantiene vinculaciones con el resto.

El *Diccionario enciclopédico de la medicina tradicional mexicana* tiene tres secciones fundamentales: a) el cuerpo principal de la obra, con la distribución secuencial de los términos de entrada ordenados alfabéticamente; b) cuatro índices (botánico, etnográfico, geográfico y temático) que apoyan la tarea del usuario interesado en búsquedas específicas, y c) la bibliografía citada.

Antes de iniciar esta obra, los investigadores tomaron en cuenta el reparo que con frecuencia se hace a los diccionarios, y que tiene que ver con un elemento de estructura: el diccionario impone al autor una secuencia alfabética que parece llevarse mal con la